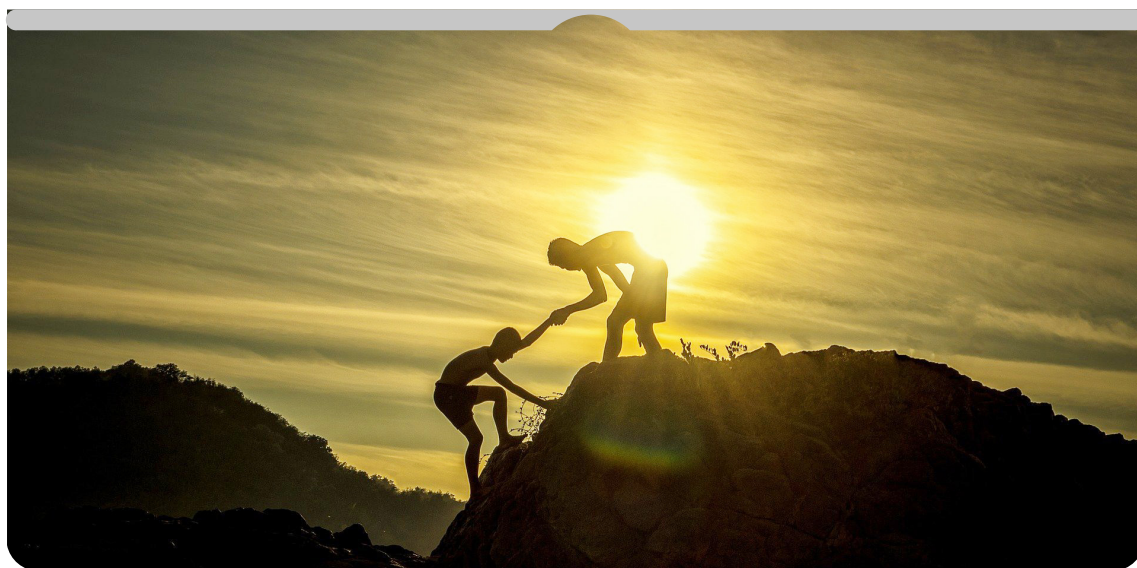


La emoción del amor, motor de la visión política de bertrand russell

The Emotion of Love, Engine of the Political Vision of Bertrand Russell



Conrado de Jesús Giraldo Zuluaga

Doctor en Filosofía, magíster en Gerencia para el Desarrollo y filósofo por la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín, Colombia). Integrante de la línea Ética y Antropología Filosófica del Grupo de Investigación Epimeleia, y docente titular de la Facultad de Filosofía de la misma universidad.

Correo electrónico: conrado.giraldo@upb.edu.co.



ORCID: 0000-0003-1885-9158.

José Daniel Gómez Serna

Candidato a doctor en Filosofía, magíster en Filosofía y filósofo por la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín, Colombia). Docente de Filosofía en grados superiores del Colegio San José de las Vegas (Medellín). Ha publicado recientemente: «La boda elidida de Penélope: Un matrimonio hipotético en la Odisea homérica» (2020), «De la “Cura amoris” en Pascal, un vistazo ético-antropológico a “Les pensées”» (2019) y «La condición erótica en el “Agamenón” de Esquilo: un análisis morfosintáctico del lenguaje amoroso» (2019).



ORCID: 0000-0001-9890-9578. jose.gomezse@upb.edu.co.

Mateo García Bedoya

Maestrando en Investigación Psicoanalítica de la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia) y filósofo por la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín, Colombia). Docente de Filosofía, Ciencias Sociales y Economía del Colegio Campestre La Colina (Medellín).

Correo electrónico: mateo.garciab@udea.edu.co.



ORCID: 0000-0001-5259-673X

Resumen

La filosofía analítica ha intentado reivindicar el papel decisivo del lenguaje en la vida humana, haciendo énfasis en la relación intersubjetiva que nos constituye como sujetos hablantes y sujetos sociales, sujetos inmersos en el discurso ético al igual que en el político. Dichos discursos están referidos a las acciones humanas que, a pesar de su pluralidad, coinciden todas en participar de una comunidad lingüística. Dicha concepción analítica posibilita el planteamiento de que la emoción del amor sea motor de la visión política de Bertrand Russell, en cuanto que, se retoma aquella intuición griega de que lo que sucede en la *polis* es un reflejo de lo acontecido en el mundo interior del hombre, en últimas, cómo lo ético se revela en lo político. Para alcanzar dicho fin, se procede deductivamente a través de tres momentos: una introducción en la que se da cuenta de cómo la filosofía analítica ha centrado su mirada en el «giro lingüístico», y en las posibilidades que este le ha brindado para transformarse y convertirse en otras formas de *praxis* filosófica como el *neopragmatismo*; además de evidenciar cómo dicha visión analítica y *neopragmática* se ha fijado en el tema político y ético. En segundo lugar, se muestra cómo desde el análisis ético se ha abordado como objeto de estudio el fenómeno de las emociones; en este sentido, se mencionan las principales teorías emotivistas: «las teorías del sentir» y «las teorías cognitivistas». Por último, se pasará a un momento de análisis del significado de la palabra «amor» desde algunos pasajes de la obra de Bertrand Russell, para plantear que esta emoción es el motor de su visión política.

Palabras clave

Filosofía analítica, emoción, amor, política, Bertrand Russell (1872-1970).

Abstract

Analytical philosophy has tried to vindicate the decisive role of language in human life, emphasizing the intersubjective relationship that constitutes us as speaking and social subjects, while the ethical discourse—as well as the political—refers to human actions which, despite their plurality, all coincide in participating in a linguistic community. This analytical conception enables the proposition that the emotion of love is the motor of Bertrand Russell's political vision, insofar as that Greek intuition is taken up that what happens in the *polis* is a reflection of what happened in the inner world of the man, ultimately, how the ethical reveals itself in the political. We proceed deductively through three moments: an introduction in which he realizes how analytic philosophy has focused its gaze on the “linguistic turn” and on the possibilities that it has given him to transform and become in other forms of philosophical praxis such as neo-pragmatism; in addition to showing how this analytical and neo-pragmatic vision has focused on the political and ethical issue. Secondly, it is shown how the phenomenon of emotions has been approached as an object of study from the ethical analysis; in this sense, the main emotional theories are mentioned: “the theories of feeling” and “cognitive theories”. Finally, we will move on to a moment of analysis of the meaning of the word “love” from some passages of the work of Bertrand Russell, to raise that this emotion is the engine of his political vision.

Key words

Analytical philosophy, emotion, love, politics, Bertrand Russell (1872-1970).

Introducción

Tres pasiones, simples, pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda de conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la humanidad.

Bertrand RUSSELL. Autobiografía

En las últimas décadas, la filosofía analítica ha sido tildada de «cientificista» en algunos ambientes académicos. Este ejercicio busca despojar al mencionado modo de filosofar de todos aquellos prejuicios que lo rodean; ofreciendo al lector una mirada alterna sobre algunas de las obras de los principales autores analíticos, en cuyas propuestas se advierte un conocimiento que está en pro del bien de la humanidad, como es el caso de Bertrand Russell desde quien rastreamos que el amor se ha convertido en el eje estructural de su visión política.

Pero ¿a qué llamamos filosofía analítica? Nos referimos a aquella manera de filosofar cuya preocupación fundamental es el análisis del significado de los enunciados del lenguaje con el que nos comunicamos. Quien objetara que es una posición «logicista» o «cientificista», está omitiendo que a lo que se apunta, más que al lenguaje por el lenguaje, es al pensamiento, cuya forma de manifestarse es lenguaje mismo,

queriendo decir que, pensar es «lenguajear», o en términos de Michael Dummett en *La teoría del significado en la filosofía analítica*: «pensamos en palabras» (Dummett, 1999, p. 92). Así pues, si el pensamiento es la base fundamental de la mayoría de las acciones como seres humanos hablantes y sociales, la claridad en los enunciados del lenguaje es de fundamental preocupación para la filosofía.

Esta manera de filosofar no ha sido un movimiento estático ni uniforme, más bien se ha ido transformando desde su concepción. Sobre este recorrido histórico que no cabe mencionarse aquí, encontramos autores como Baldwin (2008), Glock (2012) y Santamaría (2014), que se han dado a la tarea de reconocer su evolución. Estos tres estudiosos están —en gran parte— de acuerdo al considerar que a finales del siglo XIX y principios del siglo XX surge la *filosofía analítica* a partir de los aportes de Frege con su obra magistral *Fundamentos de la aritmética* (1973) y de Russell *Principia mathematica* (1973), con respecto a esta, el autor inglés aspira a la consecución de un lenguaje lógico y universal, pero que no será él, sino su discípulo Wittgenstein, quien lleva a cabo dicha pretensión a través de la teoría del «atomismo lógico» presente en el *Tractatus Logico-philosophicus* (2009).

Esta obra de alguna manera revolucionó la tarea de la filosofía hasta entonces, puesto que, desde su carácter racional propio de la modernidad, buscaba la solución a los problemas cognoscitivos, éticos, estéticos o existenciales de los seres humanos; proponiendo concebirla, más bien, como aquella que disuelve los aparentes «problemas filosóficos», que no son más que confusiones del lenguaje generados por los mismos filósofos.

Quienes dieron continuidad a las teorías de estos primeros autores analíticos —aunque con sus propias variaciones— fueron los miembros del *Círculo de Viena*, como Schlick, Ayer, Neurath y Carnap, principalmente; los cuales también dedicaron parte de sus obras al tema ético. Después de más de una década, Wittgenstein replanteará su pensamiento rectificando en las *Investigaciones filosóficas* (2009) que el significado de las palabras venía dado según su *uso*, formulando, a su vez, la teoría de *los juegos del lenguaje* y de las *formas de vida*; reivindicando, en consecuencia, el análisis del *lenguaje ordinario*.

Con esto no se quiere dar a entender que la filosofía se dedica al análisis del lenguaje sin más, sino que se busca su «utilidad» para transformar desde su discurso el modo de vida de las personas. Entre los autores analíticos y neopragmáticos que manifiestan un compromiso ético y político, encontramos a Richard Rorty, quien propone una filosofía conversacional que articula espacios tanto de sociedades democráticas como no democráticas. Por otra parte, Searle y Austin, consideran el conocimiento como una cuestión lingüística y de práctica social, por lo que es imprescindible reconocer que hablar es «realizar actos de habla».

Además, si fijamos nuestra mirada en *El concepto de mente* de Ryle encontramos que aborda el tema de la voluntad y la libertad humana; y, en *Un alegato en pro de excusas* de Austin se apela al tema de la responsabilidad desde el lenguaje ordinario. Por último, Glock en *¿Qué es filosofía?* (2012) menciona que Quine y Davidson «combinan la semántica formal con un énfasis pragmático sobre el lenguaje como forma de comportamiento social humano» (Glock, 2012, p. 77).

Por efectos de lo que interesa mostrar en el presente ejercicio, se acaba de exponer, a grandes rasgos, la evolución de la filosofía analítica a partir de la mención de algunos de sus autores más destacados. La principal pretensión en este apartado ha sido introducir al lector en las temáticas abordadas por tal corriente filosófica y destacar que una de las características más importantes de su transformación ha sido el paso de concebir el lenguaje como «fotografía del mundo» encerrado en lo meramente lógico —como se mostró con el «primer Wittgenstein»— a una comprensión de aquel como manifestación de las *formas de vida* y *los juegos del lenguaje* —desde el «segundo Wittgenstein»—; siendo la puerta para que en la actualidad con el neopragmatismo, haya una involucración en otros campos del saber, como la literatura, el arte, la religión, la ética y, por supuesto, la política (Santamaría, 2014, p. 60).

Principales teorías del emotivismo

Del *Tractatus* (2009) de Wittgenstein, vale la pena resaltar que, para el autor austriaco, si bien se habían resuelto todas las confusiones creadas en el lenguaje solucionando así todos los pro-

blemas filosóficos, reconoce al final de esta obra, que ante lo ético, estético y místico se debía guardar silencio, aun siendo estos los problemas más importantes de la vida; sentencia el autor mismo:

6.41 El sentido del mundo tiene que residir fuera de él. En el mundo todo es como es y todo sucede como sucede; en él no hay valor alguno, y si lo hubiera carecería de valor. [...] 6.52 Sentimos que aun cuando todas las posibles cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo. Por supuesto que entonces ya no queda pregunta alguna; y esto es precisamente la respuesta (2009, pp. 133-137).

De aquellos problemas vitales, se quiere profundizar sobre el de la emoción del amor como concepto propio de la ética y su influencia en el pensamiento y accionar político de Bertrand Russell. Los cuales no pueden ser silenciados pues, como lo dice Weismann en *Mi visión de la filosofía* (1974): «La intranquilidad del corazón no es acallada por la lógica» (p. 502).

Así pues, se rastrea la magna obra: *Handbook of emotions (El manual de emociones)* publicado por la editorial The Guilford Press (2008), en el que se encuentran compilados cuarenta y nueve artículos sobre las emociones abordadas desde la interdisciplinariedad, en el que aquellas son estudiadas a partir de sus factores cognitivos, personales, sociales, biológicos y neuropsicológicos; y que finaliza con una sección dedicada a la profundización de algunas de las emociones en específico.

De este manual, resaltamos la propuesta del artículo titulado «Las funciones sociales de las

emociones» de A. Fischer y A. Manstead (2008), cuya tesis primordial es: «*The emotions we experience and express help us to form and maintain social relationship, and to establish or maintain a social position relative to others*»¹ (Fischer and Manstead, 2008, p. 456). Se entiende entonces que las emociones tienen una doble función: por un lado, realizan la afiliación interpersonal entre los individuos de una sociedad; y, por otro, provocan que las personas tomen cierta distancia de aquellas con las que no se sienten identificadas ni vinculadas en el mismo espacio social. Por lo tanto, la emoción se revela como una condición de posibilidad de la vinculación entre los seres humanos y de la calidad de dichas relaciones que confirman la vida en comunidad.

En este sentido, se procede al abordaje del concepto de *emoción* desde el ámbito de la filosofía analítica, que intenta superar la postura tradicional y anquilosada de que las emociones son elementos contrarios a la razón o experiencias netamente irracionales.

Inicialmente, se halla: *Teorías analíticas de las emociones: el debate actual y sus precedentes históricos* (2009) de Ingrid Vendrell, la cual proporciona una clasificación fundamental de las teorías filosóficas sobre las emociones, y de las cuales se pueden distinguir dos posturas: «las teorías del sentir» y «las teorías cognitivistas»; las primeras se centran en el aspecto cualitativo de la emoción,

¹Traducción al español: «Las emociones que experimentamos y expresamos nos ayudan a formar y mantener las relaciones sociales, y para establecer o mantener una posición social en relación con los otros».

es decir, en los cambios corporales que genera su experiencia; por ejemplo, en el caso del amor, que es la emoción que se analiza en este ejercicio, expresa la autora que «es sentido como una amplitud y calor en el pecho y viene acompañado de las más diversas tendencias positivas favorables hacia un objeto» (Vendrell, 2009, p. 220). La mayor objeción que recae sobre esta concepción emotiva es que reduce la emoción a la mera percepción y no logra mostrar eficazmente cómo se podrían diferenciar las emociones que compartan los mismos efectos sensoriales.

Por su parte, Anthony Kenny argumenta que toda emoción se dirige hacia un objeto material y otro formal, quiere decir que en el caso del amor, esta se dirige en el primer caso: a una persona o un objeto físico; y en el formal: hacia aquello que hace que el objeto deseado sea considerado amable, a este objeto le podríamos llamar: lo amoroso. Sobre este dirigirse formal, Vendrell cita a Kenny cuando este explica que «la intencionalidad de las emociones se deriva de los juicios que ellas tienen por base» (2009, p. 226).

Por otro lado, están «las teorías cognitivistas», de las cuales hay un extenso estudio en relación con la dinámica de las emociones en el pensamiento y comportamiento político, titulado *The Affect Effect* (2007). En este, se presentan tres tipos de teorías que dan primacía al aspecto cognitivo o racional sobre el sentir o la afección, los cuales son: *Appraisal theory* en la que: «*Thus, primary cognitive appraisal of threat or goal achievement*

precedes emotional state»² (Lazarus, 1991, citado por Russell *et al.*, 2007, Table 1.1); *Social construction of emotion* (Harre, 1987) desde el cual, la interpretación de los sucesos depende de conceptos que se construyen a partir de factores como la época y la cultura que determinarán socialmente las emociones; y *Selective attention/ Selective exposure* (Sears, 1967), planteando que es más factible que las personas se dejen llevar por la información que se les hace familiar a ser capaces de desafiar las creencias y preferencias existentes.

Retornando la perspectiva de Vendrell (2009), el factor común entre las *teorías cognitivistas* es el vínculo que se establece entre la razón y la emoción, que la emoción es precedente de ciertos aspectos del pensamiento, principalmente: los juicios, las suposiciones, las fantasías, los recuerdos, las creencias, y los valores (p. 228). Con respecto a estos últimos elementos de la mente o conciencia —en términos fenomenológicos—, los analíticos concuerdan con Husserl en que las emociones captan valores. Tesis aunque interesante también presenta fallas a la hora de explicar la relación entre la emoción y los valores, y más grave aún, el que esta posición omita la dimensión corporal y sensitiva que en el acontecimiento de la emoción también interviene. Esta perspectiva será fundamental a la hora de comprender la posición de Bertrand Russell ante la cuestión de la emoción del amor.

2 Traducción al español: «Por tanto, la primera valoración cognitiva de la amenaza o el logro precede al estado emocional».

Se arguye con Vendrell (2009) que, para una completa e integral teoría de las emociones, se deben integrar las principales tesis expuestas, pues la separación del hombre entre su cuerpo y su mente no es algo práctico ni del todo viable, se debe por tanto asumir que toda emoción implica ser sentida corporalmente y a su vez, estar fundada en otros actos del pensamiento. Concluimos que la función de las emociones es orientarnos en el mundo motivando nuestras acciones y fundando en ellas mismas actos cognitivos (2009, p. 228).

Principales rasgos de la concepción antropológica y emotivista de Russell

Las emociones o pasiones juegan un papel fundamental en la naturaleza humana y la sociedad. Desde uno de sus primeros escritos sobre política, como lo fue el de *Ideales políticos* (1968), expresa que «el problema de la política es ajustar las relaciones de los seres humanos de tal modo que cada uno de por sí pueda disfrutar de su existencia de tanto bien como sea posible» (Russell, 1972, p. 21). Según esto, se debe considerar en primer lugar qué es lo que constituye ese «disfrute de la vida» a nivel individual, pues la sociedad será una proyección a gran escala de lo que cada persona concreta experimenta.

Esto pareciera ser más ética que política, pero de este modo procede Russell y concibe que todo hombre aspira a la consecución de bienes, los cuales se distinguen entre: el bien individual que es identificable con lo material, y el público con lo espiritual, piénsese en lo intelectual o artístico (1972, p. 22). Pero también posee dos clases de

impulsos: el posesivo que le hace tender a la acumulación de bienes privados, y que convertido en un mal hábito —escribe el autor— «conduce a la competencia, a la envidia, al afán de dominio, a la crueldad y a casi todos los males morales que afectan el mundo» (Russell, 1972 p. 23). En cambio, el impulso creador enriquece a todos y da paso a la construcción y estimulación de los otros, en sus propias palabras: «En la medida en que los hombres viven para la creación cesan de desear interferirse en la vida de los otros por la fuerza» (Russell, 1972, p. 23).

La teoría emotiva de Bertrand Russell fue transformándose a medida que pasaba el tiempo. Fue considerado cognitivista al inicio de su propuesta ética, al inspirarse en *The Nature and Reality of Objects of Perception* (1905) de E. G. Moore, apreciando que existía una «intuición objetiva de los valores». Pero al darse cuenta de los problemas lógicos y prácticos que tal tesis traería consigo, por ejemplo: cuando hubiese un conflicto de intereses entre dos personas ¿a cuál se debería satisfacer su deseo?, Russell realiza una aclaración definitiva con respecto al estatuto epistemológico de los enunciados éticos, al considerar que un juicio de valor intrínseco debe ser interpretado como una expresión del deseo relacionada con los deseos de la humanidad y no con una mera afirmación, en este sentido, no se puede tener un conocimiento científico de las valoraciones morales, pero sí se tiene como punto de referencia de toda acción que: la realización de mis deseos esté en orden a la realización de los deseos de toda la humanidad,

el emotivismo sostiene que los juicios de valor no afirman nada ni sobre algún objeto del

mundo (como en general asevera el cognitivismo) ni sobre el estado personal de ánimo (como supone el subjetivismo): sólo expresan ciertas emociones. Al no ser afirmaciones, estos juicios no son ni verdaderos ni falsos (Zavadivker, 2008, p. 58).

Por otra parte, Russell en su obra *Elementos de ética* (1973) considera al ser humano como un ser racional e idílico, puesto que tal como lo dice (Carvajal, 2000) basta con presentarse una buena argumentación ética o política para que el ser humano tome decisiones correctas o morales (p. 69). Desde esta mirada, y como se ha presentado anteriormente, se muestra una relación íntima entre la ética y la política, o como lo menciona Russell en su texto *Sociedad humana, ética y política* (1987), «la ética nunca es un componente independiente, sino que en un último análisis es reducible a la política» (p. 166).

O, parafraseando a Carvajal (2000), la gran preocupación intelectual del pensador anglosajón estriba básicamente en encontrar la forma en que la ética podría influir en la política, buscando esclarecer algún método racional y lógico que ayude a conciliar los conflictos entre los hombres, debido a que, para él, únicamente de este modo se evita la guerra (p. 64).

Se determina entonces que las controversias tanto éticas como políticas solo pueden resolverse a través del «cambio de los sentimientos de los hombres» (Russell, 1960) a través del ejercicio del pensamiento. Zavadivker en *La teoría emotivista de los valores de Bertrand Russell* (2008), interpreta acertadamente que el valor pasa a de-

pendar del sentir de la persona en términos de emoción, una emoción que anhela sea compartida, este autor concluye al respecto: «Desde un punto de vista práctico, donde lo que importa es modificar la conducta, no importa la objetividad o subjetividad de los valores en los que uno crea, sino la posibilidad de influir en los deseos del otro» (Zavadivker, 2008, p. 69).

Cuando es conocida esta postura —vista con tintes escépticos— Russell es tachado de «irracionalista», a lo que responde siguiendo a David Hume que la razón escoge los medios para alcanzar el fin elegido por las pasiones. Y de alguna manera, concilia aquella confrontación entre una teoría cognitivista y subjetivista de las emociones, pues, más allá de si la emoción tiene más de objetiva que de subjetiva, su función primordial es la modificación de la conducta con miras al fin máximo, a la vida lograda en términos de bien común; cuyo motor, como veremos es el amor.

Visión política de Bertrand Russell inspirada por la emoción del amor

Bertrand Russell es considerado uno de los más importantes intelectuales anglosajones de toda la historia de la filosofía analítica y la filosofía en general del siglo xx; es autor de una vasta bibliografía en torno a variados temas y disciplinas. Además, se resalta la visión política que se fue configurando en su personalidad con el paso de los años y su crecimiento intelectual.

Sirviéndose de la anterior distinción de las teorías emotivistas, nos apoyamos en Stevenson cuando afirma que el emotivismo «explica por

qué los enunciados morales son guías para la acción» (Glock, 2012, p. 80). Procedamos entonces a mostrar cómo los enunciados sobre el amor que el mismo Russell expresó en sus obras fueron la guía para su acción y participación política en su época.

La primera aclaración a tener en cuenta es que cuando mencionamos el término emoción, su correspondencia al lenguaje moderno es el de «pasiones» y en algunos casos al de «sentimientos». Russell, en *Por qué no soy cristiano* (1979), revela su concepción sobre la *vida buena o felicidad* que, entre otras cosas, es el concepto que da cuenta de la finalidad de las éticas *eudemonistas* —como la de Aristóteles, el epicureísmo y el estoicismo— cuando escribe: «La vida buena está inspirada por el amor y guiada por el conocimiento» (Russell, 1979, p. 35).

Se entiende por amor aquella emoción que se mueve entre dos polos, el del deleite de la contemplación y el de la benevolencia, el sentido de esta última palabra compuesta reside en sus dos términos asimilados del italiano: por una parte, *volere*, corresponde a nuestro verbo «querer», y *bene*, se refiere en este caso al adverbio de modo: «bien»; por lo tanto, es un *querer bien*, siempre relacionado a «otro».

Para el autor británico el amor y el conocimiento son inseparables si se quiere alcanzar la *vida buena*, son por decirlo kantianamente su *condición de posibilidad*. Esta característica de complementariedad resuena de nuevo en *Sobre la educación* (1998), cuando dice: «El amor sin conocimiento es impotente, el conocimiento sin

amor es destructivo» (Russell, 1998, p. 153). Y esto a nivel social es evidente si reconocemos que la guerra generadora de muerte a gran escala es producto del conocimiento sin amor, es decir del conocimiento sumado a la emoción del odio. La observación que Russell hace sobre esta relación entre el amor y el conocimiento a nivel social es que «en una comunidad donde los hombres viven así se satisfarán más los deseos, que en una comunidad donde haya menos amor o menos conocimiento» (Russell, 1979, p. 38).

Como se va caracterizando el significado de la palabra amor no se limita a la individualidad, sino todo lo contrario, es ante todo una emoción social definitivamente positiva y poderosa, que debe surgir cuando aparece lo que él mismo llama un «conflicto de deseos» entre dos o más personas. Para resarcir un conflicto social podría implementarse el método de la *ley penal*, el de la *censura social*, o el que es más efectivo: el del amor, cuyo efecto es el de transformar los deseos y caracteres, a fin de reducir el conflicto a su mínima expresión y hallar el punto de conexión entre el éxito propio y el común; en palabras de Russell:

Por esta razón, el amor es mejor que el odio, porque produce la armonía en lugar del conflicto en los deseos de las personas respectivas. Cuando hay amor entre dos personas, éstas triunfan o fracasan juntas, pero cuando se odian, el éxito de una es el fracaso de la otra (Russell, 1979, p. 38).

Si el objetivo de la política es como se ha dicho con anterioridad: la felicidad de cada individuo y a la vez el de una sociedad concreta, llámese ciudad

o estado, esto implica unas «condiciones sociales» para que se pueda dar, no dependiendo solamente del individuo sino de la comunidad en la que se encuentra insertado. Dejemos que sea el mismo Russell el que lance este llamado a la compasión, como manifestación del amor en sociedad:

Para vivir una buena vida, en su pleno sentido, un hombre necesita tener una buena educación, amigos, amor, hijos (si los desea), una renta suficiente para no tener miseria ni angustias, buena salud y un trabajo interesante. Todas estas cosas, en varios grados, dependen de la comunidad, y los acontecimientos políticos las fomentan o las estorban. La buena vida tiene que ser vivida en una buena sociedad, y de lo contrario no es posible (1979, p. 43).

Otro efecto de la emoción del amor a nivel social es de la «cooperación», si analizamos morfológicamente este sustantivo encontramos que está conformado por el verbo italiano *operare* que significa obrar, unido al prefijo *co-* que se refiere a la preposición *con*; por lo tanto, podemos entenderlo como un «obrar o construir junto a» teniendo una connotación grupal. Sobre este efecto se encuentra escrito en *La conquista de la felicidad* (2003): «El amor rompe la dura concha del *ego*, puesto que es una forma de cooperación biológica en que las emociones del uno son necesarias para el logro de los instintivos propósitos del otro» (Russell, 2003, p. 26).

Es destacable que Russell no desconoce la finitud humana y sus vicisitudes. Piénsese en el egoísmo, los deseos nunca satisfechos de poder y gloria, y lo más profundo, su completa ceguera e incapacidad de aceptar dicha condición. En *El poder*

en los hombres y en los pueblos (1960) se muestra las consecuencias de tal incapacidad: «De aquí la rivalidad, la necesidad de compromisos y de gobierno, el impulso hacia la rebelión, con la inestabilidad y la violencia periódica» (Russell, 1960, p. 9). Aquí el amor toma como objeto el poder, la propia comodidad, descuidando y olvidando dirigirse a los otros, al bien común. Aquí se cumple lo dicho anteriormente: aquello que se da en el individuo se manifiesta en el organismo social.

Un texto más en el que de nuevo manifiesta la emoción del amor como centro de intencionalidad y acción es su *Autobiografía* (2010), cuando confiesa desde el inicio del *prólogo*: «tres pasiones, simples, pero abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: el ansia de amor, la búsqueda de conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la humanidad» (Russell, 2010, p. 9). Las razones que el autor da sobre esa ansia emotiva del amor, se resumen en tres cosas: que conduce al éxtasis, alivia la soledad y que en la unión del amor ha visto, —parafraseando— una miniatura mística, la visión anticipada del cielo que han imaginado santos y poetas (2010, p. 9).

Conclusiones

Para concluir, se determina que la filosofía analítica procura la solución a algunos problemas cognitivos, éticos, políticos, estéticos o existenciales del ser humano, siempre entendidos y resueltos desde el lenguaje. Esto no implica entender este tipo de filosofía como un análisis somero del aspecto comunicacional, sino que se expresa abiertamente su beneficio y utilidad en

cuanto responde a la búsqueda de transformación de la vida humana.

Además, se ha apreciado cómo la dimensión emotiva cumple un papel importante en el ejercicio ético y político, que no debe relegarse a otras áreas del saber pero que debe implicar un diálogo interdisciplinar, sobre todo con la neurociencia contemporánea y la psicología. En caso de Russell, se reconoce su pasar del cognitivismo al emotivismo.

También, se intentó aclarar que lo único que tiene la capacidad de controlar o encauzar una pasión es otra de ellas, por eso compartimos la tesis de David Ortega quien expone en su artículo *Amor y pasión en el pensamiento de Bertrand Russell*: «Son para él —es decir, para Bertrand— las malas pasiones las que, en última instancia, impiden el desarrollo, la evolución hacia un mundo mejor —objetivo principal de su obra—» (1995, p. 151), y que como Russell mismo lo establece en *Ideales políticos*: «La vida y la esperanza del mundo solo pueden hallarse en los actos inspirados por el amor» (1968, p. 97).

Y como en todo acto de habla desde la perspectiva searleana de los actos del habla, Russell llevaba a la *praxis* el carácter *perlocutivo* de sus palabras, bástenos con mencionar algunas acciones sociales y políticas que realizó, como su *rol* de pacifista en la Primera Guerra Mundial, su

preocupación por la educación de los niños, su *política de apaciguamiento* en la Segunda Guerra Mundial, y su participación en campañas por el desarme nuclear, entre otros. Concluimos este ejercicio investigativo, citando las palabras que él mismo agregó en el último volumen de su *Autobiografía* con un apartado titulado «Reflexiones en mi octogésimo cumpleaños»:

He vivido en busca de una visión, tanto personal como social. Personal: cuidar lo que es noble, lo que es bello, lo que es **amable**; permitir momentos de intuición para entregar sabiduría en los tiempos más mundanos. Social: ver en la imaginación la sociedad que debe ser creada, donde los individuos crecen libremente, y donde el odio y la codicia y la envidia mueren porque no hay nada que los sustente. Estas cosas, y el mundo, con todos sus horrores, me han dado fortaleza (Russell, 2010, p. 726).

Queda el reto de asumir el legado del deseo de amar y conocer la humanidad, de seguir profundizando en la condición humana para generar conocimientos que nos ayuden a comprendernos, todo esto, siempre desde la claridad del lenguaje y nunca sin él. Lo que está por venir de parte de las *Humanidades* dependerá de cuánto se inspire en el amor y de cuanto se guíe por el conocimiento, inseparablemente.

Referencias bibliográficas

- Baldwin, T. (2008). Philosophy of language the Twentieth century, chapter 3 of part one. En *The Oxford handbook of philosophy of language*. Oxford: Clarendon Press.
- Carvajal, Á. (2000). Evolución del pensamiento político de Bertrand Russell. *Revista de Filosofía Universidad de Costa Rica*, 38(94), 65-75.
- Dummett, M. (1999). La teoría del significado en la filosofía analítica. En A. López Cuenca (ed.), *Resistiendo al oleaje: Reflexiones tras un siglo de filosofía analítica* (pp. 91-192). Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Fischer, A. H. y Manstead, A. S. R. (2008). Social functions of emotion. En M. Lewis, J. M. Haviland-Jones y L. F. Barrett (eds.), *Handbook of emotions* (pp. 456-468). The Guilford Press.
- Glock, H.-J. (2012). ¿Qué es la filosofía analítica? Madrid: Tecnos.
- Harré. R. (1986). The social construction of emotions. *Theory, Culture & Society*, 6(4), 704-707.
- Lazarus, R. S. (1991). *Emotion and adaptation*. Nueva York: Oxford University Press.
- Lewis, M., Haviland, M. y Feldman, L. (2008). *Handbook of emotions*. Nueva York: The Guilford Press.
- Moore, G. E. (1905). *The Nature and Reality of Objects of Perception*. Londres: Philosophical Studies.
- Ortega, D. (1995). Amor y pasión en el pensamiento de Bertrand Russell. *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, (12), 131-154.
- Russell, B. (1960). *El poder en los hombres y en los pueblos*. Buenos Aires: Losada.
- Russell, B. (1968). *Ideales políticos*. México: Aguilar.
- Russell, B. (1972). *Antología*. México: Siglo XXI editores.
- Russell, B. (1973). *Elementos de ética: Ensayos filosóficos*. México: Alianza.
- Russell, B. (1979). *Por qué no soy cristiano*. Barcelona: Edhasa.
- Russell, B. (1987). *Sociedad humana, ética y política*. Madrid: Cátedra.
- Russell, B. (1998). *Sobre la educación*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Russell, B. (2003). *La conquista de la felicidad* (J. M. Ibeas, trad.). Madrid: El País.
- Russell, B. (2010). *Autobiografía*. Barcelona: Edhasa.
-

-
- Russell, W., Marcus, G., Crigler, A. y MacKuen, M. (2007). *The Affect effect: Dynamics of emotion in political thinking and behavior*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Santamaría, F. (2014). Esplendor, miseria y resplandor de la filosofía analítica. En P. Cardona y F. Santamaría (eds.), *Estética analítica: del pragmatismo al neopragmatismo*. Medellín: UPB.
- Sears, D. y Freedman, J. (1967). Selective exposure to information: A critical review. *The Public Opinion Quarterly*, 31(2), 194-213.
- Vendrell, I. (2009). Teorías analíticas de las emociones: el debate actual y sus precedentes históricos. *Contrastes: Revista Internacional de Filosofía*, (14), 217-240.
- Weismann, F. (1974). Mi visión de la filosofía. En J. Muguerza (ed.), *La concepción analítica de la filosofía*. Madrid: Alianza.
- Wittgenstein, L. (2009). *Tractatus logico-philosophicus. Investigaciones filosóficas. Sobre la certeza*. Madrid: Gredos.
- Zavadivker, N. (2008). La teoría emotivista de los valores de Bertrand Russell. *Revista de Filosofía y Teoría Política*, (39), 53-72.
-